

# Małgorzata Nalewajko

---

## Episodios judíos en la imagen mútua de España y Polonia

---

Itinerarios. Revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y antropológicos nr 16, 181-200

---

2012

Artykuł został opracowany do udostępnienia w internecie przez Muzeum Historii Polski w ramach prac podejmowanych na rzecz zapewnienia otwartego, powszechnego i trwałego dostępu do polskiego dorobku naukowego i kulturalnego. Artykuł jest umieszczony w kolekcji cyfrowej [bazhum.muzhp.pl](http://bazhum.muzhp.pl), gromadzącej zawartość polskich czasopism humanistycznych i społecznych.

Tekst jest udostępniony do wykorzystania w ramach dozwolonego użytku.

*Małgorzata Nalewajko*

## EPISODIOS JUDÍOS EN LA IMAGEN MUTUA DE ESPAÑA Y POLONIA

**Resumen:** En el artículo se dejan ver testimonios tempranos de la presencia de los judíos de España en Polonia, los rastros judíos en España que describieron en sus relatos los viajeros polacos y las relaciones polaco-judías dentro de la pequeña comunidad polaca que se formó en España durante la Primera Guerra Mundial. Posteriormente, la prensa española prestó mucha atención al fenómeno del antisemitismo polaco que se dejó detectar en el periodo de la transición, mientras que los autores españoles de los reportajes de Polonia presentaron, entre otras, las impresiones que les ocasionaron los lugares de exterminio y los monumentos en honor a las víctimas del Holocausto. Algunos aspectos del contexto histórico y político, mencionados en el artículo, ofrecen sólo una explicación tentativa, lo que demuestra la necesidad de una investigación ulterior del problema.

**Palabras clave:** judío, antisemitismo, pogromo, Holocausto, expulsión

**Title:** Jewish Motives in the Spanish Images of Poland and Polish Images of Spain

**Abstract:** The article discusses the early testimonies of the presence of Spanish Jews in Poland, Jewish vestiges in Spain that Polish voyagers described in their accounts, and Polish-Jewish relations within the small Polish community formed in Spain during the First World War. Later, the Spanish press paid attention to the symptoms of Polish anti-Semitism revealed in the period of transition, while Spanish authors of reports from Poland presented their impressions, among others, of places of extermination and monuments to the victims of the Holocaust. Some aspects of historical and political context mentioned in the article provide only a tentative explanation, which shows that the problem deserves further research.

**Keywords:** Jew, anti-Semitism, pogrom, the Holocaust, expulsion

## LOS TESTIMONIOS MÁS ANTIGUOS

En el curso de la investigación más amplia sobre las relaciones históricas entre España y Polonia y la percepción mutua de sus habitantes<sup>1</sup> resulta llamativo el hecho de que, a pesar de la poca intensidad de dichos contactos en las fuentes, aparecen reiteradamente observaciones referentes a la presencia de los judíos en ambas sociedades y a las actitudes que manifestaban respecto a éstos sus miembros.

En este contexto, parece simbólico que el primer viajero de la Península Ibérica que en el año 965 llegó a las tierras eslavo-occidentales fuera Ibrahim ibn Jakub (Jacob), mercader (o médico) judío originario de Tortosa, formado en la cultura árabe. En este idioma escribió su relato para el califa Alhakem II que había mandado una misión diplomática, de la que Ibrahim ibn Jakub formó parte, a la corte del emperador romano de Occidente, Otón I. Aunque el autor del relato no llegó al “país de Mieszko”, como lo llama, dejó recopiladas las informaciones sobre éste, considerado el más extenso de los países eslavos, que “abundaba en alimentos, carne, miel y suelos arables (o: pescado)” (Ibrahim ibn Jakub 1971: 4)<sup>2</sup>.

No dejaron, en cambio, testimonios los judíos sefardíes llegados a Polonia desde España y Portugal en el siglo XVI y la primera mitad del XVII. Aunque había pocos sefardíes (sin que existan datos precisos), formaron su centro en Cracovia, sobre todo en el barrio judío de Kazimierz, donde podían gozar de una autonomía considerable y vivían en su comunidad conservando la lengua y el rito hispánico. Otros se instalaron en Lvov, Zamość y Lublin. Se dedicaban sobre todo a actividades comerciales, pero algunos llegaron a ocupar puestos importantes en la corte polaca, como por ejemplo Salomón Calahorra (Callachora, Calaora, Kalahora, Kalhora) o Isaac de España, médicos de cabecera de varios monarcas polacos. Calahorra, como también Samuel de Lima, quien ejerció de médico en Poznań, fundaron auténticas dinastías de médicos y boticarios, pasando el oficio a sus hijos y nietos. Los reyes polacos aprovechaban también las redes comerciales de los sefardíes que llegaban hasta Turquía para encargárles misiones diplomáticas (Kołodzyńska 2003, Kucharski 2007: 60).

Los sefardíes constituían, por supuesto, una minoría en comparación con los mucho más numerosos asquenazis y fueron, sobre todo, los últimos a los que encontraron en su camino los pocos viajeros españoles que pasaron por Polonia en el siglo XVIII y quienes

<sup>1</sup> M. Nalewajko, *Nieznani a bliscy. Historyczne i społeczne uwarunkowania recepcji polskiej imigracji przełomu XX i XXI wieku w Hiszpanii* [Desconocidos y próximos. Condicionamientos históricos y sociales de la recepción de los inmigrantes polacos en España a fines del siglo XX y a comienzos del siglo XXI], Warszawa, Instytut Historii PAN, 2012. En este trabajo se pretende reunir y analizar todas las fuentes accesibles referentes a los “encuentros” hispano-polacos a partir del siglo XVI hasta nuestros días. Las mismas fuentes sirven de base para el artículo presente, aprovechadas todas en las que aparezcan menciones a los judíos en el contexto de las relaciones hispano-polacas.

<sup>2</sup> La versión crítica de la traducción al polaco, véase también *Relacja Ibrahima ibn Jakuba z podróży do krajów słowiańskich w przekazie al-Bekriego*, Tadeusz Kowalski (ed.), Kraków, PAU, 1946. El manuscrito más antiguo en el que se guardaron los fragmentos del relato es del año 1337.

en sus testimonios dejaron una imagen poco halagüeña. El duque de Liria y Jérica, enviado de Felipe V a Rusia, quien en 1730 pasó por Varsovia, además de quejarse de las fatigas del viaje, la severidad del invierno y la venalidad de los polacos próximos a la corte, prestó atención a la cantidad de judíos que le parecían dominar el país y a los que describió como “gente asquerosa, puerca y de la cual sale un fetor horrible” (Makowiecka 1984: 141-142). También el conde de Aranda, enviado del rey español a Polonia en 1760-1762 manifestó en su correspondencia la aversión a los judíos, considerándolos, además, muy numerosos, pues según su opinión vivían en Polonia más de un millón de ellos (Makowiecka 1984: 157).

También los viajeros polacos se daban cuenta de la presencia de judíos en España, aunque oficialmente se trataba de conversos. Los mencionó en sus cartas Juan Dantisco, embajador polaco en la corte del emperador Carlos V, añadiendo que su conversión era aparente: se bautizaron para evitar la confiscación de bienes y la expulsión (Kucharski 2007: 234). Según el investigador citado, los autores polacos de los relatos guardaban una actitud neutral, sin manifestar prejuicios respecto a los judíos españoles, y uno de ellos, el viajero anónimo de 1595, quien describió sus impresiones de viaje en *Anonima diariusz peregrynacji włoskiej, hiszpańskiej i portugalskiej*, hasta destacó la importancia de su contribución a la cultura española. Lo que pudo llamar la atención eran diferencias en las costumbres. Así el padre Andrzej Załuski, autor del relato de su viaje a Portugal y España realizado en 1674-1775, quejándose del exceso de ajo en la dieta española la llamó comida judía (Kucharski 2007: 234, Makowiecka 1984: 122).

No fue aislada la opinión del viajero del norte, ya que también en España en el siglo XV se señalaba “como hábito *judáico* el guisar la carne con aceite y hacer fritos de ajos y cebollas” (Caro Baroja 1978: 411). Vale añadir que algunos elementos de la dieta podrían marcar hasta el bien entrado siglo XX, pues algunos comentarios oídos de la boca de personas de Castilla y de las Baleares sobre el consumo público y ostensible de carne de cerdo en la España de postguerra para alejar las sospechas de origen “inconveniente” encontraron su confirmación en la literatura (Stallaert 1998: 41). Hasta los refranes españoles indican el consumo de carne de cerdo como un instrumento de disimulo y defensa contra posibles acusaciones: “Está [para] bien colgado, como el tocino en la casa del marrano”. Se ha conservado en ellos la asociación fuerte entre el tipo de dieta y la religión: “Judío que come tocino y jamón, tórnase cristiano sin dilación” (Caudet s.a.: 184) o –en otra versión– “Más judíos hizo cristianos el tocino y el jamón que la Santa Inquisición”.

Otros refranes relacionan al judío con la desconfianza (“No te fíes del judío, converso, ni de su hijo ni de su nieto”; “Judío o mujer que jura, malicia segura”<sup>3</sup>; “Fíeme del judío, y écheme en el río”), la usura (“Duerme don Sem Tob, más su dinero no”; “Ni judío pobre ni liebre lerdá”), la pereza (“Judío y trabajar no pueden concordar”; “Judíos y gitanos no son para el trabajo”), y hasta incitan a la violencia (“Judío triste, vete por donde viniste”;

<sup>3</sup> Al judío y a la mujer se los empareja también por atribuirles a ambos un carácter vengativo: “El judío y la mujer, vengativos suelen ser”. Otra asociación con el judío es la de “caviloso” (“Caviloso o judío, no lo tengas por amigo”) en el sentido de “enredador”, “liante”, según el autor que reconoce la existencia del “prejuicio antisemita del que está impregnada la cultura española” (Miguel 2000: 148).

“Al judío bejerano con el palo y no con la mano”; “A quien sea judío que lo quemem”)<sup>4</sup>. El autor de *Refranero contra Europa*, refiriéndose a los genoveses, los describe como comerciantes o mercaderes que hacen negocios sucios o poco claros, por lo que se los empareja con los judíos, “odiados en España por las mismas o parecidas razones” (Esteban 1996: 63-64). También en los diccionarios “judío” aparece como sinónimo de avaro, usurero, explotador, cicatero, mientras que la palabra “judiada” quiere decir “acción mal intencionada o injusta ejecutada contra alguien”, “tunantada”, “infamia”; “villanía”, “acción cruel e inhumana”; y “sinagoga”, “reunión de personas que traman algo ilícito o una intriga” (Moliner 1994: 194, 1170; Sainz de Robles 1979: 661, 1021; *Aristos* 1977: 375).

Aunque conscientes de la presencia de judíos/conversos en España, los primeros viajeros polacos a este país no anotan en sus relatos la posición de aquéllos en la sociedad española ni el modo en el que se los trataba.

## LOS RASTROS JUDÍOS EN LOS RELATOS DE VIAJE POLACOS DEL SIGLO XIX Y XX

Más polacos –militares y escritores, médicos e ingenieros, historiadores y filólogos, filósofos y pintores– llegaron a España en los siglos XIX y XX. En sus testimonios no encontramos muchas referencias al tema judío, sólo Wojciech Dzeduszycki, analizando en 1900 las causas del decaimiento de España polemiza con la opinión de que contribuyó a éste la expulsión de judíos y moros – pues “la gran hospitalidad ofrecida a judíos no salvó a Polonia, al contrario, hizo difícil que se desarrollara una fuerte burguesía nacional” (*apud* Sawicki 1996: 307).

Resulta distinto y muy especial el testimonio de Marek (Mordejai) Ehrenpreis, escritor judío, activista sionista y rabino, quien en su relato de viaje (publicado en sueco en 1924 y traducido al polaco en 1930) presenta España como “un país entre Oriente y Occidente”, una síntesis de Europa y Asia, y describe a su habitante como “ario de sangre judía mezclada, católico de tradición musulmana, europeo con instinto del Oriente” (Ehrenpreis 1930: 5-6). Le impresiona Toledo, “la ciudad de generaciones”, en cuya plaza principal tiene la sensación de estar lejos de Europa viendo “las caras orientales y sefardíes” que conoce bien de otras partes (Ehrenpreis 1930: 47-48). Se siente emocionado visitando las juderías vacías y los cementerios de sus antepasados, y al contemplar la copia del edicto de expulsión de los judíos en su imaginación ve

la destrucción indescriptible originada por este documento. Oigo el grito de muerte que sale de centenas de miles de gargantas; veo muchedumbres de figuras descoloridas, entre ellas ancianos, enfermos, niños de pecho, locos de desesperación, pasando por desérticos y cálidos caminos de Andalucía con rollos de la Tora en sus hombros. (Ehrenpreis 1930: 54)

<sup>4</sup> La información sobre los ejemplos citados y otros refranes referentes a la imagen del judío, se la debo al dr. Marcin Mróz a quien quisiera agradecer su contribución.

Sin embargo, por dolorosas que sean estas evocaciones, el autor saca fuerzas y ánimo al acercarse a esta tradición, muerta sólo aparentemente. Pervive también en lo hispano: “El alma semítica y la hispana tienen mucho en común: el mismo concepto de la realidad, subordinada al sueño y a la fe, poderes que le salvan la vida al hombre” (*apud* August-Zarębska 2003: 100).

Una sensación muy parecida tiene la escritora Aura Wyleżyńska. En su relato de 1993 describe la herencia judía y árabe de España que encuentra su expresión hasta en los cantos católicos que impresionaron a la autora durante la Semana Santa en Sevilla (*apud* Sawicki 1996: 452). Lo específico de España, señala treinta años más tarde otra escritora polaca, Maria Kuncewiczowa, es su “inclinación hacia Arabia, Judea y la Edad Media católica”, y lo ilustra con imágenes de la Granada gitana y árabe, del Toledo judío, del flamenco con su dolor, ira y sufrimiento (Kuncewiczowa 1990: 202, 57). En sus reportajes encontramos, a diferencia del testimonio de Ehrenpreis, más bien una continuación de la visión romántica de España, común en la Europa del siglo XIX, en la que el judío, junto con las figuras emblemáticas del moro y del gitano, encarna lo exótico.

Hasta bien entrado el siglo XX no encontramos testimonios de españoles que hayan viajado a Polonia, también en la prensa española del siglo XIX resultan contados los textos dedicados a este país, y si aparecen se refieren sobre todo a su martirio: la ocupación de los invasores y las tentativas frustradas de las insurrecciones nacionales. Sólo en un artículo publicado en 1837 en *Semanario Pintoresco Español* se menciona a los judíos como el segundo grupo religioso en Polonia cuyo crecimiento provoca actitudes hostiles:

Últimamente han sido mal mirados y aún se les ha acusado de malas mañas, de monopolizar el comercio, y de algunas otras cosas. Los escritores polacos le han presentado, hace ya tiempo, como causa de la ruina de su país, aunque tal vez haya contribuido a imbuirles estas ideas, más bien la preocupación que la sana razón. (Urquijo Goitia 2005: 17)

Con el distanciamiento del autor español frente a las críticas polacas dirigidas contra los judíos contrasta la opinión, teñida de antisemitismo, del nacionalista vasco, Luis de Eleizalde, quien en 1913, elogiando la resistencia polaca contra los opresores y el patriotismo del clero polaco, compara el papel de los judíos en la Polonia repartida y en el País Vasco medieval, considerándolos en ambos casos como un “espontáneo y eficaz auxiliar de los opresores contra la nación que soporta el parasitismo hebraico” (Jakubowska 2004: 32).

## LAS GUERRAS MUNDIALES Y EL TEMA JUDÍO

La primera colonia polaca en España se formó durante la Primera Guerra Mundial. El grupo de unas 200 personas era muy heterogéneo; además de obreros, artesanos, ingenieros, empleados, en gran parte de origen judío, lo constituían también artistas y estudiosos (Tomicki 2003: 299). Fue sobre todo esta élite concentrada en Madrid (los polacos vivían también en Barcelona y San Sebastián), la que a finales de 1918 tomó la iniciativa

de establecer una representación polaca en España para apoyar la causa de la independencia de su país, aunque lo que primero movilizó a los polacos fue el intento de contrarrestar los efectos negativos de la propaganda alemana que divulgaban las noticias sobre los pogromos antijudíos organizados por la población polaca en Lvov y sus alrededores. Fundaron la Agencia de Prensa Polaca que en su declaración reconoció que en el difícil periodo transitorio que vivía Polonia no se logró frenar la violencia por parte de la “chusma”, elementos criminales y provocadores, y que tales actos debían ser investigados por una comisión internacional; sin embargo, la divulgación de estas noticias no confirmadas y la formulación de opiniones arbitrarias resultaba, sobre todo, de la política intencional de los enemigos de Polonia (Tomicki 2003: 310)<sup>5</sup>. El tono mesurado de la declaración contrastaba con el texto enviado por el Comité Nacional Polaco en París con el cual, como la única representación polaca reconocida en el extranjero, se habían puesto en contacto los líderes del grupo español. Según el Comité de París, en Polonia nunca se habían organizado pogromos; la fuente de las noticias tendenciosas fue la prensa alemana y judía, y los casos de atacar a los judíos se debían a su comportamiento agresivo, antisocial y hostil respecto a Polonia (Tomicki 2003: 313)<sup>6</sup>.

Después del reconocimiento por las autoridades españolas del Comité Nacional Polaco de París como organización polaca oficial y la instalación de su Delegado en España, terminó la actividad de los polacos residentes en España que, en poco tiempo, en 1920, en su mayoría regresaron a Polonia. Según las fuentes diplomáticas polacas, en 1926 permanecieron en España menos de 100 ciudadanos polacos, la mayoría en Barcelona, casi todos de religión hebrea (Tomicki 2003: 299), mientras que el Censo Nacional español de 1931 arrojó la cifra de 182 (Stanek, Sobczak 1991: 78). No es cierto que en este grupo se incluyera a las prostitutas polacas residentes en Barcelona, centro internacional importante de la trata de blancas, a las que se refiere en sus recuerdos Wanda Tozer, empleada del consulado polaco (Tozer 1995). Eran casi exclusivamente mujeres de origen judío, llegadas de Varsovia y de los pueblos de la parte oriental de la Polonia Menor. Según el testimonio, algunas de ellas lograron liberarse de sus “protectores” que habían organizado este negocio.

Terminada la Guerra Civil, España se mantuvo al margen de los sucesos en Europa, sumergida en la Segunda Guerra Mundial, y la opinión pública prestó aún menos atención a la situación en Polonia. Resulta excepcional el testimonio del representante de España, el duque de Parcent, quien permaneció en Varsovia durante la ocupación

<sup>5</sup> Los líderes del colectivo polaco obraban a favor de la causa polaca no sólo a través de la Agencia, sino también publicando en la prensa española y dando conferencias. El antropólogo Eugeniusz Frankowski, al presentar en una de ellas la difícil historia de Polonia y destacando “la moralidad profunda”, “el arte de organizar la vida de diferentes pueblos” y “el ideal de un Estado libre” reinante en Polonia, mencionó también que “los judíos han encontrado en ella la paz y protección que les negaban otras naciones” (Frankowski 1919: 29).

<sup>6</sup> Los polacos activos en la Agencia, esta vez en cooperación con el Comité de París, lograron también que se deportara de España a un estafador y antisemita. Józef Borodzicz no sólo acusó a los iniciadores de crear la representación polaca en España, de ser judíos o de haberse casado con judías, sino que también creó el ficticio “Comité Polaco de España” para organizar colectas y firmar proclamas que desacreditaban a los polacos (Tomicki 2003: 305, 314).

alemana. El autor de las memorias canta el heroísmo de los polacos y lamenta su sufrimiento, criticando fuertemente la crueldad, el sadismo y la barbaridad de los alemanes, y a la vez dedica un capítulo entero a la persecución de los judíos. Describe la organización de guetos en las ciudades polacas y las tremendas condiciones en el gueto de Varsovia, su posterior liquidación y la insurrección.

Abril de 1943. Los días son primaverales. Las hojas comienzan a recubrir los árboles... En la noche del 18 al 19 la policía rodea completamente el “gheto” y comienza la lucha encarnizada. Los actos de crueldad y salvajismo son indescriptibles. De antemano se sabe cuál ha de ser el desenlace de esos combates. Ya no se trata de salvar la vida, sino el honor. Las granadas explotan de una parte y de otra. Los judíos reciben refuerzos de sus colegas del ejército secreto polaco. Reciben también municiones. Muchos polacos aparecen luchando al lado de los judíos. La indignación por cuanto han estado presenciando meses y meses les ha hecho, como siempre, empuñar las armas por el débil, indefenso y oprimido. Llegan también alimentos y medicinas al otro lado de los muros del “gheto”. Y todo esto sucede cuando los alemanes han decidido la liquidación definitiva; cuando ya no había solución. (Parcent 1946: 92-93)

Los campos de concentración y los métodos de exterminación en ellos de polacos y judíos (y de los últimos, primero judíos polacos y los de toda Europa más tarde) prueban la existencia de un premeditado plan de eliminación de la población, inspirado en el fanatismo nacional-socialista: “El desprecio, la crueldad y el odio inculcado a los alemanes por el nacional-socialismo contra los judíos, sobrepasa cuanto la imaginación humana puede concebir. Únicamente así pueden explicarse la tortura y la matanza llevada a cabo en Polonia” (Parcent 1946: 102). Frente a los “sadistas” y “verdugos” alemanes –insiste el autor– aparecen los polacos que intentan ayudar a los judíos. Donde éstos no podían contar con su apoyo, como en Łódź, la ciudad de la que la población polaca había sido expulsada con anterioridad, la situación en el gueto era aún peor que en Varsovia.

Comparando lo sucedido con ambos “ghetos”, debo hacer constar, honradamente, que la población polaca de Varsovia mostró una gran solidaridad con los infortunados judíos, tan ferozmente perseguidos. Les prestaron valiosa ayuda; se fundó una institución de socorro a los judíos, y diariamente, les enviaban pan y víveres, exponiendo constantemente en ello sus vidas. Me parecen, por tanto, bastante injustas las propaladas acusaciones de “antisemitismo” que se han hecho a los polacos, especialmente, en el extranjero. (Parcent 1946: 102)

## LA PRENSA ESPAÑOLA SOBRE EL ANTISEMITISMO POLACO EN EL PERIODO DE LA TRANSICIÓN

Fue la agitada década de los 80, desde el surgimiento de la Solidaridad, y luego el periodo de transición en Polonia y su integración europea, cuando tras muchos años de la ausencia de este país en los medios españoles, el tema polaco destacó en los noticieros.



Los españoles podían seguir los acontecimientos presentados detalladamente sin que en las noticias faltaran referencias al antisemitismo polaco.

Los periodistas españoles apuntaron sus brotes a finales de 1981, cuando las autoridades polacas desencadenaron una campaña propagandística acusando a los judíos de manipular la Solidaridad. Les sorprendió, sin embargo, que las actitudes antisemitas se revelaran también al otro lado de la barricada, pues uno de los líderes del sindicato, Marian Jurczyk, habló sobre el cambio necesario de “esas personas, de las cuales más de una cuarta parte son judíos y traidores de la patria” (“Desobediencia...” 1981). Después de la introducción de la ley marcial se oyó más la retórica antisemita de la parte gubernamental, en primer lugar del así llamado “betón” del POUP, que utilizaba este tono atacando a la Solidaridad y al Comité de Autodefensa Social (KOR) definidos como “organizaciones sionistas”, culpándolos de la crisis polaca que, según el portavoz de este grupo, “es el resultado de la actitud chovinista de la internacional judía, que controla el 80% de la industria occidental e intenta hacerse con el poder en Polonia” (Comas 1981). La propaganda del régimen militar intentaba, como señaló el enviado especial de *El País*, “resucitar el antisemitismo latente en el país”, y lo divulgaban, sobre todo en las localidades pequeñas, oficiales del ejército y de la milicia explicando “que la solución de la crisis sería más fácil si las cosas se resolviesen entre polacos y no hubiese judíos que lo complican todo” (Cembrero 1981)<sup>7</sup>.

El proceso de la transición a la democracia no eliminó el antisemitismo, aunque empezaron a detectarse también actitudes distintas. Ya en 1988, el periodista español enumera las tres cuestiones clave para los polacos que resultan “enfermos” de libertad, de religión, y de los judíos. El tema judío preocupa a los jóvenes intelectuales que

están obsesionados por esos judíos polacos que abandonaron en masa la Polonia antisemita de antes de la guerra, que fueron exterminados por los nazis, que de nuevo en 1968 huyeron del antisemitismo del régimen comunista polaco. Los polacos están enfermos de los judíos que ya no están aquí. (Cygielman 1988)

Mientras tanto, “las autoridades repelen asumir una responsabilidad o incluso plantear la cuestión del antisemitismo que ha sobrevivido en la Polonia comunista” (Cygielman 1988)<sup>8</sup>.

Por otro lado, sin embargo, el factor judío marcó los cambios en el poder iniciados al año siguiente, pues, como señaló el jurista catalán, Jordi Solé Tura, el ala socialdemócrata y laica del grupo parlamentario de Solidaridad, o sea “su cabeza pensante”, podía perder su influencia enfrentando los grandes problemas económicos y sociales, “sobre

<sup>7</sup> En el artículo citado se mencionó también que *Trybuna Ludu*, el diario oficial del POUP, insistía en recordar los orígenes judíos de Bronisław Geremek. Las noticias actuales fueron completadas con la información sobre el número de judíos que vivían en Polonia (de unos 5 mil, la mayoría no era practicante) comparado con el de antes de 1939, y sobre las oleadas consecutivas de la emigración judía de Polonia en 1946, 1957 y 1967-1968 y las razones que las provocaron.

<sup>8</sup> El autor citado observa, a la vez, que la oposición polaca de entonces inicia manifestaciones para rendir homenaje a los combatientes del gueto de Varsovia, pero la marcha para honrarlos “termina con un vibrante «Padre nuestro que estás en los cielos...» iniciado por un sacerdote y repetido al unísono por 12.000 gargantas”.

todo si se tiene en cuenta que los principales exponentes de la tendencia socialdemócrata son de origen judío, y esto en Polonia todavía cuenta mucho” (Solé Tura 1989). El autor citado no precisa quién, los representantes del antiguo régimen o los rivales en el seno de la Solidaridad, podrían valerse de tal argumento, pero en este contexto parece inquietante una declaración de Lech Wałęsa: “La sociedad polaca es, ante todo, cristiana; después socialista, y en tercer lugar, creo, están los comunistas, además de los judíos y otros. Un sistema sólo será estable y duradero si da cabida a todos los grupos que constituyen la sociedad polaca” (Garber y Urban 1989). En esta enunciación el jefe de la Solidaridad presenta una visión de la sociedad polaca que aparentemente incluye todos los grupos mencionados, pero, a la vez, la divide en unas categorías extrañas y, además, jerarquizadas.

En otra oportunidad, el líder sindical declaró, sin embargo, su respeto hacia el pueblo hebreo, añadiendo que “el pueblo polaco y el hebreo son los dos que más sufrieron durante la última guerra” (Adamski 1989). Su respeto no era incondicional, y su aclaración de que, como fiel hijo de la Iglesia, nunca estará en contra de su religión (en la cual evidentemente identificaba la fe con la institución) resultaba de la situación de aquel entonces, cuando ardía el conflicto por el convento de las carmelitas en el antiguo campo de concentración nazi en Auschwitz. El cardenal primado polaco Józef Glemp, a pesar de sus promesas anteriores y hasta que no hubo acuerdos firmados, se negó a trasladar el convento y, para colmo, en uno de sus sermones criticó duramente a los judíos y sus reclamos (Adamski 1989)<sup>9</sup>. Sus comentarios sobre “los queridos judíos” que no deben hablar con los polacos desde la posición de un “pueblo elegido”, interpretados como un ataque contra la comunidad judía internacional culpada de haber desatado en los medios de comunicación “sentimientos antipolacos” (“Amenaza...” 1989)<sup>10</sup>, provocaron la indignación general de la opinión pública internacional, minando la credibilidad de Polonia y su proceso de democratización, y en España –además de dar lugar a que se calificara al primado de “fanático”– contribuyeron a recordar a “los diferentes pogromos y la purga brutal que el propio partido comunista protagonizó en el 68” (Torres 1989).

La autora del artículo citado subrayó que muchos polacos se sintieron disgustados al oír al cardenal primado Glemp hablar mal de los judíos, pero había también otras opiniones. A Glemp sí le criticó *Gazeta Wyborcza* no sólo por haber herido a las víctimas del Holocausto, sino también por haber utilizado un tono antisemita en el peor momento posible, cuando Polonia necesitaba especialmente apoyo y simpatía de la comunidad internacional. No pasó desapercibido, sin embargo, el hecho de las protestas masivas de los lectores del nuevo diario polaco ante los “ataques” dirigidos contra el propio primado (“Amenaza...” 1989)<sup>11</sup>. Glemp, en una entrevista dada a *Sddeutsche Zeitung*

<sup>9</sup> La solución del conflicto fue posible gracias a la intervención de Juan Pablo II. Vale añadir que años antes el diario español recaló la crítica hecha por el papa de “los episodios criminales de odio antisemita” (*Canonización...* 1982).

<sup>10</sup> En el artículo citado se repiten también los rumores de que Glemp ya antes presionó a Wałęsa para que apoyara al católico Mazowiecki como primer ministro contra la candidatura de Geremek.

<sup>11</sup> En otro lugar, Adam Michnik, el director del diario, criticando la idea del Estado-Nación católico que no es, sin embargo, compartida por la mayoría de los polacos, observa que el asunto del convento de las carmelitas, a través del cual se percibe el catolicismo polaco en el extranjero, es sólo una de sus caras, y que el antisemitismo agresivo es actitud de una minoría (Michnik 1989).

y reimpresión en *El País*, se distanció de la actitud antisemita (“en mí no existe este antisemitismo”), subrayando a la vez que “en la época en la que los judíos tuvieron que sufrir, muchos polacos salvaron a los judíos” y aludiendo al pogromo de Kielce en 1946 y los sucesos de marzo de 1968, sin mencionar a sus autores, aunque con un intento claro de desprender a la Iglesia de la lacra del antisemitismo. Insistió también en que no es antisemitismo cada crítica hecha a los judíos, mientras que “las protestas de los judíos tal y como tuvieron lugar en Auschwitz, hirieron nuestra dignidad y la de las monjas. Por eso tuve que protestar enérgicamente” (Urban 1989).

Vistas desde otro lado, sus protestas y el hecho de cuestionar “de la manera más brutal y ofensiva” los acuerdos de Ginebra, que prevenían el traslado de las monjas carmelitas, hicieron que se denunciara la existencia dentro del nacionalismo polaco de “un componente *negro*, defensivo, hostil a los extranjeros [...] y en el cual inciden o se mantienen sentimientos antisemitas” (Touraine 1989). Como añade el autor, estos sentimientos se revelaron no sólo en el caso del convento localizado en Auschwitz, que podría ser interpretado como la oposición entre la concepción cristiana y la concepción judía sobre la memoria del exterminio, pues ya en el otoño de 1981 dieron cauce a querellas dentro de la Solidaridad “poniendo en aprietos a algunos de sus dirigentes”. A la desconfianza que mostraba la fracción del sindicato reunida en torno a Lech Wałęsa, respaldado a su vez por la Iglesia ante la postura del grupo “laico” intelectual-obrero, se refiere también Francisco Eguiagaray, el autor del libro dedicado a la transición en la Europa del Este, relacionando este distanciamiento con los recelos antisemitas: “La lacra del antisemitismo, al parecer irradicable en Polonia –los alemanes no tienen ni mucho menos la exclusiva del antisemitismo en Europa– vuelve a infectar el ambiente” (Eguiagaray 1991: 278-279).

El tema del antisemitismo polaco resurgió en *El País* con motivo de la publicación del libro *Los vecinos* de Jan Tomasz Gross. El diario publicó entonces un extenso texto de Adam Michnik quien, reconociendo el hecho del crimen de Jedwabne cometido por la “chusma salvaje” y precedido por un pogromo bestial de los judíos, calificó a la vez como falsa y absurda la tesis de la colaboración polaco-alemana en el exterminio de éstos durante la Segunda Guerra Mundial. El autor polaco escribe sobre el choque vivido por la “gente normal” al conocer la verdad sobre Jedwabne, a diferencia de la reacción de los antisemitas “que no faltan en las zonas marginales de la vida política polaca”, según los cuales, las acusaciones prueban la existencia de una conspiración internacional judía contra Polonia. No obstante, más interesante para los lectores españoles podría ser su presentación de la breve historia del antisemitismo polaco y sus condicionamientos: el antisemitismo que servía de aglutinante a la ideología nacionalista en el siglo XIX (cuando la nación polaca moderna se iba formando sobre la base de los vínculos étnicos y religiosos); el antisemitismo como “componente duradero y natural de la ideología de la derecha radical nacionalista” aliada con la Iglesia católica que se articuló en el periodo de entreguerras; el antisemitismo que durante la Segunda Guerra Mundial no impidió a algunos de sus partidarios ayudar a los judíos como forma de resistencia polaca contra los nazis; y el silencio de la postguerra, cuando el nuevo régimen bloqueó el debate sobre el exterminio y el antisemitismo (Michnik 2001). Vale añadir que más de una vez se denunciaron las raíces judías del propio Michnik, “por este flanco le llegan los ataques, muchos, de antiguos compañeros en la clandestinidad” (Tertsch 2001).

Hermann Tertsch, en el artículo citado en el que describe los cambios acelerados en Polonia, enumera, al lado del desarrollo, crecimiento y mercado, también antisemitismo, nacionalcatolicismo y oscurantismo preconiliar, cuyo exponente es la emisora Radio María. Aunque en la prensa española entre 2000 y 2004, según los análisis de prensa realizados en Polonia y España, Polonia aparecía sobre todo en el contexto de su integración europea, no faltaron referencias a las relaciones polaco-judías. *El Mundo* advirtió que muchos polacos no creyeron necesarias las disculpas oficiales del presidente Kwaśniewski por la matanza de Jedwabne y el debate nacional en torno a este asunto confirmó la persistencia del antisemitismo en Polonia. *El País* hizo cuenta de las actitudes antisemitas de los hinchas del club de fútbol en Łódź y de sus lemas en los que manifestaron su conformidad con las cámaras de gas hitlerianas (Grabowska-Cordova 2002: 44). Tampoco pasó desapercibida la actividad de Radio María y las noticias de carácter “antisemita, chauvinista y antieuropeo” que divulgaba (Napiontkówna 2004: 73; González Leandri 2008: 123-124).

Una acusación directa a los polacos de antisemitismo fue pronunciada por Pilar Rahola, representante de la ideología catalanista de izquierdas, quien en marzo de 2007 publicó en *El País* un artículo en el cual les atribuyó a éstos un papel activo en el exterminio de judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque reconoció que fueron los alemanes quienes habían organizado en Polonia, el país ocupado por ellos, campos de concentración, declaró a la vez que “Polonia es clave en la maldad que culminó con el exterminio de dos tercios de la población judía europea”, y fue allí donde “se unificaron las dos corrientes de la maldad antisemita: la nazi y la de base cristiana” (Rahola 2007). Recurriendo a opiniones de expertos (cuyos nombres mantuvo en silencio) esgrimió la tesis de que “a pesar de haber quedado *limpios* de judíos, los polacos continúan siendo los más antisemitas de Europa”. Cabe notar que sus observaciones sobre el antisemitismo polaco Rahola las inscribió en una crítica más general de la situación actual en Polonia, gobernada en aquel entonces por los hermanos Kaczyński: la influencia desmesurada de la Iglesia católica, la homofobia que exponían hasta algunos miembros del gobierno, la ley que pretendía hacer confesar a centenares de miles de polacos sobre si habían colaborado con el régimen comunista.

El artículo provocó fuertes protestas, desde la indignada carta de la embajada polaca en Madrid dirigida al diario, hasta la denuncia a la fiscalía por “difamar la nación polaca” hecha por un político polaco de derechas (la investigación judicial fue sobreeséida), y también originó un debate en la prensa. Las voces que destacaron en el debate fueron las de Dawid Warszawski, periodista polaco de origen judío, y Hermann Tertsch, periodista español especializado en el tema de Polonia y Europa del Este (Warszawski 2007). El primero, consideró el texto de Rahola como hostil hacia los polacos y apuntó también varios errores que contenía; por otro lado, recordó los casos confirmados de la participación polaca en la persecución antijudía durante la guerra, por lo cual le pareció impropio la idea de llevar a la autora o al diario al tribunal. Tertsch (2007) resultó mucho más duro en su crítica de las capacidades intelectuales de Rahola, su ignorancia de la historia, el filosemitismo ilusorio, el izquierdismo primitivo y el nacionalismo sectario; insistió también en que su intento era, sobre todo, atacar a los hermanos Kaczyński. Sin embargo, también él hizo una advertencia indicando que la política de revancha histórica efectuada por ellos contribuyó a que se reviviera el estereotipo del polaco ultracatólico y antisemita.

Dadas las no pocas referencias al antisemitismo polaco en la prensa española, surge la pregunta de si éste llama tanto la atención por contrastar con las actitudes españolas. Según un español residente en Polonia, sorprendido por el antisemitismo que se reveló en este país en 1968, afirmaba que en España tal postura prácticamente no se da “porque se sabe que cada uno de nosotros es en parte judío” (Marrodán Casas 2008: 129). Parece confirmar este testimonio la opinión de un investigador polaco quien mantiene que los españoles no se creen antisemitas ni se preocupan de un problema que consideran inexistente (Kieniewicz 2001: 103). Sin embargo, parece fundado, también al tener presente la opinión contraria de un escritor español, según el cual “el nombre de judío llegó a ser un insulto gratuito, que ni siquiera implicaba imputación real” (Ayala 1986: 108). La ponen en tela de juicio, también, los remanentes del distanciamiento y desconfianza perceptible hasta en el lenguaje, a los que ya nos hemos referido, e incluso son más elocuentes los resultados de varios sondeos y encuestas contemporáneos.

Según una investigación realizada entre 1991 y 1994 por el Centro de Investigaciones de la Realidad Social Española, entre el grupo más valorado (europeos occidentales) y el menos valorado (gitanos), los judíos se encuentran en la séptima posición de las diez tomadas en consideración (Arnal Sarasa 1998: 282). La investigación sobre valores y opiniones realizada en 1999-2000 en 80 países por Ronald Inglehart, comprobó que para los españoles los vecinos más indeseables (de 12 categorías) son los drogadictos, borrachos, criminales, gitanos, desequilibrados y, en la sexta posición, los judíos (Żakowski 2004). Según un sondeo del año 2008, los españoles resultan ser los europeos que más animosidad sienten hacia los judíos (46% de opiniones negativas) y hacia los musulmanes (52%). (“Kto nie lubi...” 2008).

Las tendencias antisemitas en España se acentuaron, paradójicamente, después del atentado del 11 de marzo de 2004 y, en este caso, se trata sobre todo del así llamado “nuevo antisemitismo” definido como “judeofobia política que resulta de la animosidad respecto al sionismo y al Estado israelí” (Malvar 2004)<sup>12</sup>. Las fuertes críticas hacia el Estado israelí están formuladas, en primer lugar por la izquierda española, y no siempre se las puede identificar con el antisemitismo; sin embargo, tomando en cuenta los resultados de un sondeo del Pew Research Center, según los cuales casi la mitad de los españoles expresa opiniones negativas sobre judíos (en comparación con el 36% de los polacos, el 25% de los alemanes, el 20% de los franceses y el 7% de los norteamericanos), “la España contemporánea es el país más antisemita (y probablemente el más antiamericano) de Europa occidental” (Berdichevsky 2009)<sup>13</sup>.

A la luz de tales constataciones surge la pregunta sobre si Polonia sirve de chivo expiatorio a los españoles. La respuesta afirmativa sería simplificada y hasta falsa, pues el asunto

<sup>12</sup> En el artículo se citan los resultados de un sondeo, según los cuales el 30% de españoles cree que los judíos velan sólo por sus propios intereses (en comparación con el 24% de franceses que opinan de la misma manera), el 58%, que los judíos españoles muestran más lealtad hacia Israel que hacia España (el 42% en el caso francés), el 63% opina que los judíos tienen un dominio sobre el mundo (el 42% de franceses piensan así).

<sup>13</sup> Los resultados de la investigación, realizada en 2009 por un organismo internacional, la Liga contra Difamación, revelan que mientras un 20% de alemanes son antisemitas latentes, en Polonia y España este porcentaje llega a ser el doble (Wielniński 2012). Hablando de las actitudes respecto a los judíos perceptibles en la sociedad española, no se desarrolla aquí el tema de las relaciones oficiales, aunque vale notar que ambos estados establecieron relaciones diplomáticas con Israel después de 1986.

es más complejo. Al tener presente que durante largos años los españoles recibían información sobre Polonia “de segunda mano” y, en consecuencia, que la imagen española del antisemitismo polaco en gran parte constituye un reflejo de las opiniones y hasta de los estereotipos sobre el tema enraizados en otros países occidentales, la confirmaban, sin embargo, en la época reciente, las noticias sobre algunos sucesos que conmocionaron a la opinión pública, como el conflicto del convento de las carmelitas en Auschwitz o la revelación del caso de Jedwabne. Lo que llama la atención es que en la mayoría de los textos citados como exponentes del antisemitismo aparecen el partido comunista, los “elementos criminales”, los nazis, algunos representantes de la oposición y la Iglesia católica, mientras que rara vez se atribuye esta actitud a toda la sociedad polaca. A pesar del respetable intento por la parte española de evitar generalizaciones, hace pensar el hecho de que el antisemitismo se manifieste en tantos círculos bien distintos o que sea utilizado por ellos con éxito, es decir aceptado fácil y comúnmente por la sociedad. Por otro lado, los españoles que en gran mayoría reprueban las actitudes xenófobas y nacionalistas, dentro de las cuales cabe también el antisemitismo, resultan sensibles a este fenómeno.

A ojos españoles, la principal culpable del antisemitismo polaco es la Iglesia católica, por esto concuerdan las críticas hacia la institución. En este aspecto, resulta ejemplar la postura de Pilar Rahola, que, a la vez, no es típica de la izquierda española, cuyos representantes vienen a ser acusados no sólo por la hostilidad respecto al Estado israelí y su política, sino también por el antisemitismo que está detrás de sus críticas. La ambigüedad sugiere que, mientras se tacha el antisemitismo de xenófobo y de tinte religioso –y como tal está calificado el antisemitismo polaco–, no se considera inconveniente el antisemitismo (sin atribuirle este nombre) de tinte político, que en sus expresiones extremas llega a justificar el Holocausto (Berdichevsky 2009).

## LOS REPORTAJES ESPAÑOLES SOBRE LOS JUDÍOS EN POLONIA

Las primeras referencias al antisemitismo palpable en la Polonia surgida de la Segunda Guerra Mundial, las encontramos en un breve esbozo de la historia polaca del siglo XX traducida del francés. El periodista francés de origen polaco menciona las facilidades concedidas por el nuevo gobierno a los judíos que se quedaron en Polonia (de los 200 000 que sobrevivieron la guerra unos 180 000 emigraron del país entre 1945-1947), un hecho que frecuentemente se interpretaba como una prueba de las influencias que tenían los judíos en el gobierno. Incluso más, sorprende el papel de las autoridades en provocar el pogromo en Kielce en 1946 que el autor describe en su libro, advirtiendo que el primado Hlond, al haberle pedido –desencadenada la violencia– éstas que interviniera para calmar la tensión (que se dejaba notar también en otras ciudades donde ocurrieron sucesos parecidos aunque menos sangrientos), se negó a hacerlo calificando los disturbios de políticos, y no racistas, “por la presencia en el Gobierno de personalidades judías que tratan de establecer en Polonia un régimen al que se opone decididamente la mayoría del pueblo” (Karol 1965: 85). Tanto la aversión del primado hacia el gobierno acusado (entre otros motivos) de “judío”, como su indiferencia hacia las víctimas judías del pogromo

a los ojos de lectores españoles sólo podían confirmar la asociación entre la Iglesia polaca y el antisemitismo.

El primer relato de viaje a la Polonia Popular lo publicó la escritora española, Carmen Laforet que, acompañada por su amiga, Linka Babecka<sup>14</sup>, hizo en 1967 un largo itinerario por el país. Además de describir lugares de interés turístico, cuenta sus impresiones sobre las conversaciones con los habitantes de Polonia, tanto con representantes de las casas editoriales y del Ministerio de Cultura o familiares de su guía polaca, como también con la gente corriente de la calle. Conmocionada con los relatos e imágenes cinematográficas de Varsovia destruida durante la Segunda Guerra Mundial, menciona el gueto en llamas que “desapareció para siempre. En el centro de donde estuvo el trazado de sus calles, donde perdieron la vida tantos seres humanos, hay una gran plaza y un monumento conmemorativo al heroísmo de los judíos polacos” (Laforet 1967a). La escritora pregunta también por la situación actual, al enterarse de que después de la guerra quedaron pocos “israelitas polacos”, de 30 000 a 50 000

que ocupaban casi todos cargos culturales –cosa que pude comprobar hacían perfectamente bien– y de policía política, cosa que, según pude comprobar también les volvió a enajenar simpatías de los otros polacos eslavos, que después de la guerra estaban totalmente dispuestos a su favor. (Laforet 1967b)

Efectivamente, oye opiniones, aunque no le parecen fidedignas, sobre “la dificultad de encontrar a un polaco no israelita, sino eslavo, entusiasta de todo corazón del comunismo” (Laforet 1967b), marca, sin embargo, la diferencia entre la actitud de los intelectuales polacos que no tienen ningún prejuicio, y las opiniones de la gente corriente. “El pueblo sigue teniendo prejuicios, aunque todos reconocen que lo que ocurrió bajo el dominio de la Gestapo es tan monstruoso que hace que se barran los defectos de esa raza y se les quiera” (Laforet 1967b).

Carmen Laforet se expresa de manera bastante cautelosa, pero la distinción extraña que hace entre los “israelitas polacos” y los “polacos eslavos”, junto con las opiniones que repite sobre los judíos en altos cargos de la cultura y la seguridad, denuncian la existencia de una tensión que se descargó pocos meses más tarde. No obstante, nota cierta ambigüedad de las posturas polacas frente a los judíos reflejada en las opiniones sobre la guerra de 1967 (si no se trata en este caso, más bien, de las posturas frente a los árabes o al gobierno polaco), pues

En cuanto a la decisión del Gobierno de ponerse de parte de los países árabes contra Israel, tenía desconcertado a casi todo el mundo. Si a la mayoría de los taxistas con los que hablamos les eran poco simpáticos los judíos, los árabes les eran ajenos y menos simpáticos aun que éstos. La mayoría de la gente con la que charlamos está contenta de que Israel hubiese ganado la guerra. (Laforet 1967b)

<sup>14</sup> Linka (Karolina) Babecka de Borrell, 1922-2009, de familia polaco-española, miembro activa de la colonia polaca formada en España después de la Segunda Guerra Mundial, co-fundadora de *Polonia. Revista Ilustrada* y del programa polaco en Radio Nacional de España.

No comparte tal visión matizada de las actitudes polacas frente a los judíos Fernando Díaz-Plaja, el ensayista español que en los años setenta y ochenta viajó varias veces a los países de la Europa del Este, y que menciona “el antisemitismo que he de detectado siempre que he venido a Polonia” relacionándolo a la vez con los sentimientos religiosos, “ese orgullo de la religión verdadera” (Díaz-Plaja 1986: 104).

Es distinto el tono en el que se presentan las relaciones judío-polacas en una guía turística publicada en España a finales de los años noventa. En el apartado dedicado a la presencia de las minorías que viven en Polonia, se menciona la presencia judía desde el viaje de Ibrahim ibn Jakub, destacando el papel de la comunidad hebraica en la economía y la cultura polacas, y también la participación activa de sus representantes en las luchas por la independencia del país. Esta comunidad pudo formarse gracias a un ambiente de tolerancia:

Por lo general, Polonia siempre ha aceptado libremente a los judíos; prueba de ello son algunos documentos de 1264 donde se les garantizaban plenos derechos. Polonia, por tanto, fue visitada a lo largo de la historia por numerosos comerciantes de esta procedencia, algunos de los cuales se establecieron definitivamente en el país. A ellos les siguieron los artesanos de Alemania, Suiza, Francia y Rusia. Las persecuciones judías habidas en Europa durante del siglo XV, hicieron confluir hacia Polonia un número todavía mayor de judíos, sobre todo sefardíes de España y Portugal y los askenazis del este de Europa. (Ballano 1999: 26)

Sin hablar de lo ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial, el autor constata que terminada ésta, muchos judíos marcharon al extranjero, y de más de 3 millones que habían vivido en Polonia en el periodo de entreguerras, quedaron sólo pequeños grupos en algunas ciudades.

De esta ausencia dan cuenta los autores de reportajes sobre Polonia, como Carmen Laforet citada arriba. En otro reportaje, publicado en 1990 en *El País Semanal*, se inscribe la desaparición de los judíos en la memoria sobre la Segunda Guerra Mundial que cultivan los polacos:

En las esquinas, en las plazuelas, en los pequeños parques, hay lápidas y memoriales que recuerdan los nombres de centenares de muertos. Hay libros sobre la guerra en las librerías, por decenas. Hay museos sobre la destrucción de Varsovia. Hay museos sobre el exterminio de judíos. Toda la ciudad podría ser una especie de mausoleo alzado en recuerdo de los muertos y habitado a regañadientes por los vivos. (Martínez Reverte 1990)

Resulta más optimista la imagen de Varsovia presentada en el reportaje publicado en 1999 en *Blanco y Negro*, suplemento semanal del *ABC*. Aunque la autora subraya la vitalidad y el dinamismo de la capital polaca, nota a la vez que “esta ciudad es la esquizofrénica síntesis de la agitada historia polaca. Aquí armonizan el fervor religioso y el desmadre nocturno, la solemne memoria del desaparecido gueto judío y el bullicio callejero” (Gutiérrez 1999).



El autor del reportaje publicado en 2004 en *El Viajero*, suplemento de *El País*, describe Polonia como “uno de los países más cordiales y con más ganas de vivir entre todos los del este de Europa” haciendo a la vez muchas referencias a su “maltratada historia”. Le impresiona la historia de la Segunda Guerra Mundial y los monumentos que la conmemoran, entre ellos

El Sendero de la Memoria Judía, una serie de bloques de granito dedicados a los héroes del gueto durante la invasión nazi, y el Monumento a los Héroes del Gueto [que] son un recordatorio perenne de las cicatrices que perviven en esta hermosa ciudad tendida a orillas del Vístula. (Torres 2004)

Mientras que en Varsovia se impone la admiración por el heroísmo de los judíos, la visita a Auschwitz y Birkenau le pone los pelos de punta, el lugar del exterminio judío, polaco y gitano lo describe como increíble, inconcebible, intolerable y como una “eterna infamia del género humano” (Torres 2004).

De manera más amplia, Torres presentó sus impresiones del viaje a Polonia, por la que le guían sus amigos polacos, en un libro en el que prestó también más atención al tema judío. Además de Auschwitz-Birkenau, visitó Majdanek y Treblinka, menciona también otros lugares donde se llevó a cabo el genocidio nazi: “En Sobibór, en Belzec y en Treblinka [los nazis] inventaron algo completamente nuevo en la historia del hombre: el matadero humano. Lugares concebidos exclusivamente para el exterminio y la posterior eliminación de los restos mortales” (Torres 2006: 232). La organización de los “mataderos humanos” resultaba de la locura ideológica, pero el autor considera la Solución Final como la continuación lógica del antisemitismo, cuyo primer paso se había producido durante los primeros siglos del cristianismo (Torres 2006: 232). No es, pues, sólo el problema del nazismo; “el Holocausto abre una interrogación fundamental sobre el destino de la cultura europea” (Torres 2006: 264). Es el problema, responsabilidad, deuda, memoria –colectiva e individual– de todos los formados en esta cultura, que además de sus grandes logros resultó capaz de producir Auschwitz.

En el libro no se apunta a los culpables, al contrario, se citan muchos ejemplos de alemanes, polacos, y asimismo judíos, que se portaron de manera espléndida, y también posturas abominables. El autor nota además que las matanzas de judíos durante la última guerra tuvieron lugar también en Rumanía, Lituania, Rusia, Ucrania (Torres 2006: 256). Seguro que está muy lejos de tachar a los polacos de antisemitas. Asimismo, respecto a Polonia, menciona el debate en torno al libro *El pájaro pintado* de Jerzy Kosiński y el caso de Jedwabne, el linchamiento de judíos en Kielce en 1946 y el antisemitismo promovido en 1968 por la fracción del POUP, encabezada por Mieczysław Moczar y presenta a la vez una imagen bastante idealizada de la convivencia polaco-judía de antes de la guerra:

A lo largo del territorio polaco, más de tres millones de judíos vivían en paz antes de la llegada de los nazis. En la mayoría de los casos no estaban integrados socialmente, es decir, eran libres de conservar sus costumbres, sus largas barbas, podían ejercer su fe junto a sus vecinos católicos. La invasión alemana subrayó las diferencias entre

ambas comunidades, inflamó el odio latente, disparó los mecanismos de delación, la codicia y el miedo. (Torres 2006: 242)

En las reflexiones del autor encontramos muchas referencias a la literatura y al cine que completan su experiencia vivida en Polonia. Y aquí visita no sólo los campos de exterminio, sino también Kazimierz, el barrio judío de Cracovia, donde “los judíos están prácticamente extinguidos: las sinagogas, los restaurantes, el cementerio Remuh son algo así como una reserva natural protegida, otro decorado de película” (Torres 2006: 230)<sup>15</sup>. Más que en aquel barrio, reconstruido pero no resucitado, los judíos perviven en la cultura polaca, entre muchos nombres de héroes y artistas polacos (incluidos en este panteón Copérnico, Chopin y Miłosz) Torres menciona la contribución de Singer, Kosiński, Rubinstein, Zamenhof, Ringelblum, Korczak – presentes en su obra y testimonios de su vida. Al mismo tiempo, no sólo visita, sino que también escucha, habla con sus jóvenes amigos polacos y con personas que encuentra por su camino, que participan en la charla y le cuentan sobre las complejas relaciones judío-polacas, algunos recordando también que los españoles en su tiempo expulsaron a los judíos (Torres 2006: 235)<sup>16</sup>.

En su afán por comprender, el autor plantea la pregunta ¿qué es ser judío? Según su opinión, se trata de algo distinto a un apellido, unos ritos o la forma de la nariz, lo definen no tanto ciertos rasgos o atributos, sino su destino.

En mi ignorancia, la música me da una respuesta transida de melancolía y de falsa alegría: como el flamenco, el klezmer es una música triste incluso cuando pretende ser alegre, cuando suena en una boda, en una fiesta. Los rizos del violín, el lamento del acordeón hablan el lenguaje de la nostalgia, de la persecución y del miedo. Es la canción del éxodo, del que espera a cualquier hora el golpe de la ley a su puerta, el estribillo de los que marchan con la casa a cuestas, cargando en los baúles los candelabras, los ropajes, los libros de los antepasados, los recuerdos con los que seguir siendo ellos mismos. Esa música camina de puntillas por la noche más oscura de Europa. (Torres 2006: 231)

Las imágenes del éxodo recuerdan las medidas tomadas desde hace siglos que obedecían a la sentencia: “No podéis vivir entre nosotros”. La particular sensibilidad de los españoles y los polacos, reflejada en los episodios referidos, que les hace reparar en las huellas de la presencia judía también fuera de su país, surge en gran parte de la conciencia de amputación, ausencia y privación que comparten.

<sup>15</sup> Recuerda a la vez el origen del barrio “que lleva el nombre del rey Casimiro el Grande que invitó a todos los judíos que quisieran a establecerse y a vivir libremente en la ciudad en las mismas fechas en que eran expulsados de todas las naciones de Europa” (Torres 2006: 231).

<sup>16</sup> Lo que le recuerda a Torres la historia contada por un amigo suyo quien “se tropezó con un descendiente de judíos sefardíes en Estambul y el hombre le dijo unas pocas palabras en el castellano viejo de sus tarabuelos. Después lo llevó casi a rastras hasta su casa y allí sacó de un cajón una vieja llave herrumbrosa, un tesoro que había pasado de padres a hijos, durante siglos, y que fue la llave que una vez cerró la puerta de su casa de España” (2006: 231).

## BIBLIOGRAFÍA

- ADAMSKI, Piotr (1989) "Jaruzelski y Glemp recuerdan conjuntamente la invasión nazi en Polonia". *El País*. 1.09.1989.
- (1989) "Amenaza de la escisión entre democristianos y socialdemócratas en el seno de la antigua oposición". *El País*. 29.08.1989.
- ARISTOS. *Diccionario Ilustrado de la lengua española* (1977). La Habana, Editorial Científico-Técnica (reimpreso de la edición española).
- ARNAL SARASA, María Dolores (1998) *Inmigrantes polacos en España: el camino como concepto teórico para el estudio de la adaptación*. Tesis doctoral (inédita), Universidad Complutense.
- AUGUST-ZARĘBSKA, Agnieszka (2003) "La herencia oriental y occidental en España a los ojos del rabino judeopolaco Mordejai Ehrenpreis". *Estudios Hispánicos* (Uniwersytet Wrocławski). 11: 91-101.
- AYALA, Francisco (1986) *La imagen de España*. Madrid, Alianza Editorial.
- BALLANO, Fernando (1999) *Rumbo a Polonia*. Barcelona, Editorial Leartes.
- BERDICHEWSKY, Norman (2009) "Tańcowała igła z nitką". *Forum*. 6.07.-12.07.2009 (reimpreso de *New English Review*).
- "Canonización en el Vaticano del franciscano polaco Maksymilian Kolbe, víctima de nazismo" (1982). *El País*. 11.10.1982.
- CARO BAROJA, Julio (1978) *Los judíos en la España moderna y contemporánea*. Madrid, Ediciones Istmo.
- CAUDET, Francisco, (s.a.) *Los mejores refranes españoles*. Madrid, Distribuciones Mateos.
- CEMBRERO, Ignacio (1981) "El régimen militar de Varsovia intenta resucitar los sentimientos antijudíos". *El País*. 26.12.1981.
- COMAS, José (1981) "Arrecian las declaraciones antijudías en el POUP". *El País*. 24.12.1981.
- CYGIELMAN, Víctor (1988) "Los judíos, «enfermedad» polaca". *El País*. 22.05.1988.
- "Desobediencia civil de las bases del sindicato libre polaco" (1981). *El País*. 3.11.1981.
- DÍAZ-PLAJA, Fernando (1986) *Los pecados capitales en la Europa del Este*. Madrid, Alianza Editorial.
- DZIEDUSZYCKI, Wojciech (1996) *Refleksje po hiszpańskiej podróży*. En la colección de fuentes: Piotr Sawicki (ed.) *Hiszpania malowniczo-historyczna*. Wrocław, Wyd. Uniwersytetu Wrocławskiego: 299-310.
- EGUIAGARAY, Francisco (1991) *Europa del Este: La revolución de la libertad*. Barcelona, Ediciones del DRAC.
- EHRENPREIS, Marek (1930) *Kraj między Wschodem a Zachodem*. Stanisławów – Warszawa, Wyd. Księgarni Marjana Hasklera.
- ESTEBAN, José (1996) *Refranero contra Europa*. Madrid, Ollero&Ramos Editores.
- FRANKOWSKI, Eugeniusz (1919) *Polonia y su misión en Europa*. Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militar.
- GARBER, Piotr y URBAN, Tomasz (1989) "Lech Walesa: «Es vergonzoso que Polonia esté mendigando»". *El País*. 31.08.1989.

- GONZÁLEZ LEANDRI, Ricardo (2008) “La prensa española y el clima de la opinión pública ante el ingreso de Polonia a la Unión Europea”. En: Juan David Marina (coord.) *El cambio de la imagen mutua de Polonia y España desde la transición / Wzajemny obraz Hiszpanii i Polski od czasu przejścia do demokracji*. Warszawa, Instituto Cervantes – Instytut Historii PAN: 108-124.
- GRABOWSKA-CÓRDOVA, Beata (2002) “Wizerunek Polski w prasie hiszpańskiej”. En: Michał Warchala (ed.) *Wizerunek Polski w prasie krajów Unii Europejskiej*. Warszawa, ISP: 37-45.
- GUTIÉRREZ, Isabel (1999) “La ciudad de los milagros Varsovia”. *Blanco y Negro*. 13.06.1999.
- IBN JAKUB, Ibrahim (1971) *Relacja... z podróży do krajów słowiańskich*. En la colección de fuentes: Jan Gintel (ed.) *Cudzoziemcy o Polsce. Relacje i opinie*, t. I. Kraków, Wydawnictwo Literackie: 3-7.
- JAKUBOWSKA, Zuzanna (2004) “La Polonia repartida vista desde la perspectiva vasca”. En: Małgorzata Nalewajko (coord.) *Identidades: Etnias, Culturas, Naciones*. Varsovia, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos/Universidad de Varsovia: 28-35.
- KAROL, Krzysztof Szymon (1965) *Visado para Polonia*. Madrid, Ediciones Cid.
- KIENIEWICZ, Jan (2001) *Hiszpania w zwierciadle polskim*. Gdańsk, Novus Orbis.
- KOŁODYŃSKA, Agnieszka (2003) “Los judíos sefardíes en Polonia”. *Estudios Hispánicos* (Uniwersytet Wrocławski). 11: 137-147.
- “Kto nie lubi Żydów i muzułmanów” (2008). *Gazeta Wyborcza*. 19.09.2008.
- KUCHARSKI, Adam (2007) *Hiszpania i Hiszpanie w relacjach Polaków*. Warszawa, Semper.
- KUNCEWICZOWA, Maria (1990) *Don Kichote i niańki*. Lublin, Wyd. Lubelskie.
- LAFORÉ, Carmen (1967a) “Polonia”. *La actualidad española*. 23.11.1967.
- (1967b) “Polonia”. *La actualidad española*. 30.11.1967.
- MAKOWIECKA, Gabriela (1984) *Po drogach polsko-hiszpańskich*. Kraków, Wydawnictwo Literackie.
- MALVAR, Anibal (2004) “Wyście temu winni!”. *Forum*. 4.10.-10.10.2004 (reimpreso de *El Mundo*).
- MARRODÁN CASAS, Carlos (2008) “Człowiek Cervantesa” (entrevista). En: Monika Richardson (ed.) *Lubię być Polakiem*. Wrocław, Wyd. Dolnośląskie: 127-135.
- MARTÍNEZ REVERTE, Javier (1990) “Humor negro en Polonia”. *El País Semanal*. 27.01.1990.
- MICHNIK, Adam (1989) “Europa”. *El País*. 27.12.1989.
- (2001) “El horror de Jedwabne”. *El País*. 8.04.2001.
- MIGUEL, Amando de (2000) *El espíritu de Sancho Panza*. Madrid, Espasa.
- MOLINER, María (1994) *Diccionario de uso del español*. Madrid, Gredos.
- NAPIONTKÓWNA, Anna (2004) “Wizerunek Polski i polskiej polityki europejskiej w prasie hiszpańskiej”. En: Mateusz Fałkowski (ed.) *Pierwsze kroki w Unii. Polityka polska w prasie europejskiej*. Warszawa, ISP: 61-76.
- PARCENT, duque de (1946) *El drama de Varsovia 1939-1944*. Madrid, SHADE.
- RAHOLA, Pilar (2007) “Polonia aún hiela el alma”. *El País*. 17.03.2007. [En línea:] <http://elpais.com/diario/2007/03/17/catalunya> [13.02.2012].
- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos (1979) *Diccionario español de sinónimos y antónimos*. La Habana, Editorial Científico-Técnica (reimpreso de la edición española).

- SAWICKI, Piotr, ed. (1996) *Hiszpania malowniczo-historyczna*. Wrocław, Wyd. Uniwersytetu Wrocławskiego.
- SOLÉ TURA, Jordi (1989) "Otoño en Varsovia". *El País*. 12.09.1989.
- STALLALERT, Christiane (1998) *Etnogénesis y etnicidad*. Barcelona, Proyecto a.
- STANEK, Mikołaj y SOBCZAK, Elżbieta (2007) "Polacy i Polonia w Hiszpanii na przełomie XX i XXI wieku". *Studia Polonijne* (Lublin). 28: 215-241.
- TERTSCH, Hermann (2001) "Polonia, el gran reto de Europa". *El País*. 26.08.2001.
- (2007) "Skąd się wzięły w Hiszpanii brednie o Polakach i Żydach". *Gazeta Wyborcza*. 22.03.2007.
- TOMICKI, Ryszard (2003) "Iberica Frankowsciana. Działalność Eugeniusza Frankowskiego na rzecz sprawy polskiej, Madryt 1918-1919". En: Jolanta Kowalska, Sławoj Szynkiewicz, Ryszard Tomicki (eds.) *Czas zmiany, czas trwania*. Warszawa, Instytut Archeologii i Etnologii PAN: 299-320.
- TORRES, David (2004) "Polonia, la gran sorpresa del este europeo". *El País* (suplemento *El Viajero*). 21.08.2004.
- (2006) *La sangre y el ámbar. Viaje a Polonia con subtítulos*. Barcelona, Ediciones B.
- TORRES, Maruja (1989) "Ser europeos". *El País*. 2.09.1989.
- TOURAINÉ, Alain (1989) "La querrela de Auschwitz". *El País*. 20.09.1989.
- TOZER, Wanda (1995) "Estera z ulicy Szcześliwej". *Kontury* (Tel Aviv). 6: 87-92.
- URBAN, Thomas (1989) "Glomp: «El antisemitismo no cuadra conmigo»". *El País*. 29.09.1989.
- URQUIJO GOITIA, José Ramón (2005) "Retazos de historia. Polonia y España en la Edad Contemporánea". En: Elda González Martínez, Małgorzata Nalewajko (cords.) *España y Polonia: los encuentros*. Madrid, CSIC: 13-23.
- WARSZAWSKI, Dawid (2007) "Tym razem przyprawimy sobie gębę w Hiszpanii". *Gazeta Wyborcza*. 8.06.2007.
- WIELIŃSKI, Bartosz (2012) "Niemcy to antysemita?". *Gazeta Wyborcza*. 28-29.01.2012.
- WYLEŻYŃSKA, Aurora (1996) *Z duszą Twoją na ramieniu – za Pirenejami*. En la colección de fuentes: Piotr Sawicki (ed.) *Hiszpania malowniczo-historyczna*. Wrocław, Wyd. Uniwersytetu Wrocławskiego: 441-456.
- ŻAKOWSKI, Jacek (2004) "Polak czyli kto?". *Polityka*. 19.06.2004.